

N. Strock, Bernaseoni — 50 ejem. 3.—
 Agustín Pereira, Antofagasta,
 (Chile) — 1.600 ejem. 96.—
 A. Traviño, S. de Chile — 1.450
 ejem. 87.—

Por la nómina precedente de paqueteros deudores se darán cuenta los lectores como se da "vida" a la prensa de ideas. La suma total de paqueteros deudores que hoy publicamos para significar a los mismos que es muy otra la conducta que deben observar con la prensa revolucionaria y no la de medrar a su costa hasta que ésta desaparezca, asciende a la suma de pesos 516.20; y téngase en cuenta que nos abstenemos de publicar los paqueteros deudores de 5 a 30 ejemplares.

Si algún compañero paquetero deudor que aparece en esta nómina no ha cumplido con su obligación por negligencia más que por otra causa y tuviere por tanto deseos de saldar su cuenta, puede hacerlo a la brevedad posible que ese dinero servirá para costear el folleto que ya está en prensa, del compañero José Sedeise, titulado: "Por la elevación de la mujer".

Del dinero que se reciba se acusará recibo en las columnas del periódico "Ideas", de La Plata.

GRUPO IDEAS

Formamos este grupo un pequeño número de compañeros estudiosos y fervorosos entusiastas del ideal anarquista.

Desearnos estar en cordial relación con todos los compañeros, grupos y organizaciones que luchan y propaguen el ideal libertario.

Estimaremos se nos envíe nuestra prensa para mejor difusión de nuestras ideas.

Confiamos con entusiasmo recibir todas las publicaciones editadas en español.

Diríjase la correspondencia a Manuel Alonso, 31 Humphrey St., Englewood, N. J.

Con afectuosos saludos a todos, vuestros por la Anarquía.

El Grupo Ideal.

(Se ruega la reproducción).

CAMARADAS

Por la presente hacemos saber a todos los que hayan tenido relaciones con el Grupo Anarquista "Obreros Libres", de Los Angeles, California, que dicho grupo ha quedado disuelto desde el día 1º de Mayo. Por tanto, deben suspender toda correspondencia, así como envío de paquetes.

A la prensa obrera se suplica la publicación de esta nota para mejor conocimiento de todos.

Grupo A. "Obreros Libres".

Los Angeles, Cal., Mayo 3 1925.

ADMINISTRATIVAS

Entradas

Pesos

Cerro Sotuyo, M. Rodríguez, por paq.	5.50
Pérez Millán, Carnazola, por folletos y suscrip.	2.30
La Luisa, A. Martínez, por suscrip.	2.—
La Luisa, Marcelino A., donación	1.—
Pergamino, A. Vásquez, por suscrip.	1.—
Arrecifes, F. Rey, donación	2.—
Arrecifes, C. Taborda, por suscrip.	2.—
Tres Arroyos, María Alberola, por paq.	2.50
M. del Plata, Matarazzo, por paq.	2.40
M. Gallini, E. C. Vera, por suscrip.	1.20
V. Alsina, M. Rodríguez, por paq.	3.50
Quequén, A. Mansilla, por folleto	0.45
C. Rivadavia, M. García, por paq.	10.—
Por intermedio de "Brazo y Cerebro": Recibimos	6.—
que no especifican quienes son los remitentes.	
Por intermedio de "Ideas":	
Villa Cánas, Canovi, por paq.	2.40

Rafaela, L. Albornoz	1.—
R. Cuarto, F. Colaberardino	1.—
Por intermedio de "Pampa Libre":	
San Pedro, F. Tirelli	1.20
Metileo, Vicenta Mercado, por paq.	5.—
Quemú, varios compañeros	5.—
Por intermedio de "La Palestra":	
Tandil, A. López	1.—
Tandil, Dos compañeros	2.—
Tres Arroyos, Natalia Giñan, por paq.	9.—

Total de entradas . . . \$ 69.55

Salidas	
Impresión de este número	80.—
Correspondencia, certificados y franqueo de expedición	16.—
Acarreo del periódico de la imprenta	4.—
Por alquiler de un trimestre de casilla postal	7.—
Por enquadernación de una colección de Nuestra Tribuna	4.—
Total de salidas	\$ 111.—

RESUMEN

Del número anterior 32.30

Entradas	69.55
Suma	101.85
Salidas	111.—
Déficit de	\$ 9.15
Para varios	
"La Antorcha".—	
Pérez Millán, Carnazola	2.—
"Pampa Libre".—	
Tandil, Antonio P. Blanco	1.20
"Brazo y Cerebro".—	
Tandil, Antonio P. Blanco	1.20
"La Tierra", (Salto Oriental).—	
Tandil, Antonio P. Blanco	1.20

La mujer, la sociedad, el niño

La sociedad burguesa ha colocado a la mujer, en todos los órdenes de la vida social, en una posición tan poco digna por el lugar que ocupa en la escala zoológica, que muchas veces cabría preguntarse, si ésta pertenece o no a la especie humana, pues es tanta la ignominia y la maldad que sobre ella se ejerce, que da vergüenza e irrita ser testigo de tanta vileza y salvajismo.

Toda manifestación libre y espontánea de la naturaleza humana que no esté sujeta a los "sagrados" cánones, a los santos preceptos de la "moral" que rigen la ordenación metódica de las leyes codificadas para su aplicación a todas las manifestaciones de la vida social, en fin, todo aquello que llega a desligarse un ápice de la estricta línea de conducta que rige todo el desenvolvimiento de la vida actual, bajo la monstruosa forma social en que por fuerza vivimos, no esté en concordancia con la "moral" y se alejan de las "sabias" normas establecidas, quedan al margen de la "estimación", y cae sobre el "pecador" o "peadora", el veredicto de una sociedad que haciéndose llamar "cultura y civilizada", no le va en zaga a la antigua, corrupta y degradada sociedad romana.

Cuando por una necesidad, que es natural, lógica y común entre todas las especies que viven en la naturaleza, se llega a realizar el acto fisiológico que trae como consecuencia la reproducción del ser y que es a la vez, una satisfacción material de goce para los que lo ejecutan, siente la sociedad el deseo de recriminarlo y rechazarlo si éste no lleva el sello de la legalidad, es decir, si no están "casados". Y en estas circunstancias, es a la mujer a quien más se le reprocha y culpa por haber cometido un acto que está al margen de la puerca moral burguesa y sufre ésta las consecuencias de su "falta" con más barbarismo, cuando el "delito" no ha quedado solamente en la realización del acto en sí, sino que ha llegado hasta producir el nacimiento de un nuevo ser, producto de esa concepción. Cuando esto sucede, la satisfacción de ese natural deseo llega a producir en la mujer el martirio más horrible, por el gravísimo "crimen" de haber dado vida a un nuevo ser que debiera ser acogido con amorosa ternura y alegría. ¡Pero no sucede así desgraciadamente! ¡Y cuanto dolor para la tierna madre!

Pero veamos: ¿qué diferencia existe entre el hijo "legal" y el "natural", para que este último sea rechazado por la sociedad? La única diferencia en verdad, es el prejuicio estúpido que se tiene sobre estos casos y que es necesario desarraigar de la mentalidad mediocre de aquellos que así lo creen.

La sociedad humilla y desprecia a la mujer; rechaza y arroja de sí al niño; ¡es justo y humano este proceder? No. Es ilógico, criminal. Y sin embargo, vemos a la gente "cultura" y a los que no lo son, que dan su aprobación a estos crímenes sociales.

¿A dónde arroja la sociedad y la estulticia popular a esas infelices que han cometido el doble y espantoso "delito" de vivir y de dar vida? La respuesta a esta pregunta encierra toda la maldad del crimen fácilmente aceptado por todos. He aquí la vía-cruce de estas víctimas inmoladas en aras de una falsa y bastarda interpretación de la moral.

Abandonada y despreciada por todos, la mujer se ve en la dura obligación de subvenir a sus necesidades y mantener a su retoño. ¿Y cómo? Si la tiranía económica constituye para la mujer su más cruel enemiga, se la conduce entonces a la prostitución, a la venta de su cuerpo, o de lo contrario, al abandono, a la muerte del niño, lo que no evitaría tampoco que ésta se vea arrojada al fango, degradando su espíritu, aniquilando su cuerpo. Luego, si depositara al niño en una de esas casas que por sarcasmo dieron en llamar de "Maternidad", ¿cuál sería la suerte del niño, si éste llegara a vivir? Sencillamente: éste sería un instrumento útil a la Iglesia, un explotado más arrojado al carro de la esclavitud secular del Estado, que lo convertiría en defensor de esa misma sociedad que lo arrojó de sí, por considerarlo indigno de pertenecer a ella.

Más, si la mujer, con su preciosa y querida carga, pudiera "honradamente", según el término burgués, hacer frente a todas las necesidades de la existencia, siempre tendría que marchar con el duro estigma que la sociedad, implacablemente le marcó: ¡deshonrada, inmoral!

¡Cuánto dolor, cuánta miseria y vejación tienen que soportar esos seres iguales, tan idénticos como los otros, los "legales, los decentes".

¡Oh sociedad maldita! Ya caerá sobre tí el veredicto de todas las madres y de todos los niños privados del goce de la vida por tu estúpida moral y por tu egoísmo criminal.

Y tú, pueblo trabajador, deshecha de una vez esos prejuicios que te atan y te encadenan a formas sociales que nos consumen lentamente sin que un gesto de humanidad asome en ellas.

No llenemos de escarnio y de vergüenza a esas víctimas del amor; no rechazemos ni odiamos a esos hijos del amor, porque unas y otros tienen el derecho de todos a la vida y así habremos interpretado con justicia esos espontáneos y naturales actos que ensalzan al amor y dignifican y elevan el sentido de la vida libre, sin prejuicios que la aten ni normas rutinarias de moral que la denigran y degradan.

José Scalisso.

"HACIA LA DICHA"

Una escena de este dramita social en un acto original de la compañera María E. Hermida

Alberto, Ernesto, luego Acracia

ALBERTO. — Decíme, hermano. ¿Por qué lo contrariás así a tu padre?

ERNESTO. — Porque sus indirectas me producen cosquilleos en la lengua. Yo que necesito mucho para cansarme, ya lo estoy con él y próximo a decir cosas que no quisiera decir.

ALBERTO. — Qué querés, hermano. Los padres, por más conscientes que fueren, siempre creen que los hijos deben ser sumisos y obedientes. Confunden respeto con sumisión. Casi estaría por afirmar que hasta nosotros seremos lo mismo el día que seamos padres. ¡Es una herencia maldita del autoritarismo que llevamos metido bien adentro de nuestras entrañas de machos desde muchas generaciones precedentes!

ERNESTO. — Ni más ni menos que los burgueses que quieren que el pueblo sea ignorante y humilde para explotarlo mejor.

ALBERTO. — Tienes razón, hermano. (Pausa).

ACRACIA. — (Entrando por lateral derecha). ¿Por qué no desensilla su caballo, Alberto? Supongo que hoy no se irá. El sol ya está acariaciando el ocaso.

ALBERTO. — Dígame, Acracia. ¿Vd. desea que me quede?

ACRACIA. — ¿Y lo duda Vd., Alberto? Bien sabe que deseo que se quede siempre aquí.

ALBERTO. — Pues entonces accederé a su gentil deseo y me quedaré, Acracia.

ERNESTO. — Voy a desensillar tu parejero, así no molesto. (Levantándose).

ALBERTO. — Si no sos molestia, hermano.

ERNESTO. — No seré molestia, pero más quisieran Vdes. conversar solitos, muy solitos, y decirse cosas muy dulces al oído. Ya saben que estoy en el secreto.

ACRACIA. — ¿Quién te lo dijo, Ernesto?

ERNESTO. — Pero, hermanita! Si estas cosas no se dicen ni se adivinan. Se ven sencillamente brillar en los ojos como una llama de amor; ¡Como un plenilunio en una noche silenciosa y poéticamente estrellada! ¿Crees vos que cuando dos seres se aman, ese amor, por más que lo oculten puede pasar inadvertido para los demás?

ACRACIA. — Pues yo creo que los demás lo ignoran.

ERNESTO. — Me parece que no.

ALBERTO. — Doña Laura lo sabe, y sabiéndolo ella, no tardará en saberlo don Claudio, pues como son hermanos, todo se lo "transmite". El domingo pasado me largaba indirectas, dándome a entender que nuestro "secreto" no es tal.

ERNESTO. — Pues papá no lo sabe, porque si lo supiera no estaría contigo tan amable, hermano.

ALBERTO. — ¿Qué me decís, Ernesto?

ERNESTO. — Lo que has oído. Que el viejo hoy te demuestra amistad porque cree que venís a discutir con él sobre los temas sociales. Pero en cuanto sepa que venís por Acracia, adiós amistad... Te odiará.

ACRACIA. — Puede ser que tú exageres, Ernesto. Pues papá lo aprecia a Alberto. Y sin que le dé motivo, ¿por qué lo va a odiar?

ALBERTO. — Eso mismo opino yo.

ERNESTO. — Pues yo no opino así y acuerdensé de lo que les digo. Sólo he querido advertirles. Y ahora, antes de irme a desensillar tu caballo, quisiera dejarles todas mis fantásticas ilusiones para que los uniera a ambos, como una verde alfombra a los campos, y un poema de amor y de esperanza, sería el nacimiento de una gentil criaturita. ¡Vamos, hagan coro, tortolitos! (Los ayunta y hace mutis por foro).

Alberto y Acracia

ALBERTO. — (Sentado próximo a Acracia). ¿Por qué estás tan triste, Acracia mía?

ACRACIA. — Pienso en lo que dijo Ernesto y me entristece la idea de lo que pueda suceder.

ALBERTO. — Eso creo yo también. Tengo el presentimiento que lo que dice tu hermano será cierto. Y pienso... (Vacila).

ACRACIA. — ¿Qué piensas, Alberto?

ALBERTO. — Que una barrera infranqueable se interpondrá entre nosotros. Que pasará algo fatal. Que alguna nube inmensa empañará nuestra felicidad. ¡Oh, qué presentimiento tengo!

ACRACIA. — ¡Oh, Alberto, no me asustes! Dime, ¿qué presentes?

ALBERTO. — Que tu padre jamás consentirá que te unas conmigo. Que le parecerá tal vez un rebajamiento ver a su hija unida con un peón de estancia...

ACRACIA. — (Infundiéndole valor). Escuchame, mi Alberto, no seas pesimista. (Le toma una mano). Aunque se opusieran todos no torcerán mi voluntad. Yo te quiero. Y seré tuya, tuya!...